

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Introducción Histórica	1
La Mayordomía de los Siervos del Señor ..	7
El Profeta Jeremías	14
2. Sam. 7:12—16	23
Bosquejos para Sermones	26
La Confesión Pública Preparatoria para la Santa Comunión	37
Bibliografía: Martín Lutero, por Lucien Febvre	43

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

sea esta: "Prometo dar de las primicias de mis bendiciones al Señor. Esta dádiva de amor a Cristo que murió por mis pecados y fué resucitado por mi justificación, que me ha llamado al oficio del sagrado ministerio, derramado Su abundante gracia sobre mí, está en proporción a las bendiciones que me ha entregado." Que Dios nos ayude a cumplir con esta promesa.

F. Growcock

EL PROFETA JEREMÍAS

(Continuación)

Moisés intercede por su pueblo cuando éste pecó gravemente adorando al becerro de oro, y "he aquí que arrepintióse Jehová del mal que pensaba hacer a su pueblo" (Éx. 32:14). Samuel también reunió a todo el pueblo que había caído en grave pecado e intercedió por él en Mizpa, y he aquí: "Clamó Samuel a Jehová por Israel; y respondióle Jehová". (1 Sam. 7:8-9).

Pero con Jeremías ocurre algo muy distinto. Dios le había dado expreso mandato de que no ore ni interceda por el pueblo; Cap. 7:16: "Por tanto, no ores tú por este pueblo, ni eleves por ellos clamor y oración, ni me hagas intercesión; porque NO te oiré" también en 11:14... y otra vez en 14:11. 12...) Dios mismo le dijo expresamente: "Aun cuando se me pusieran delante Moisés y Samuel, mi alma no estaría para con este pueblo. ¡Echalos de mi vista, y salgan!" (15:1). —Pese a todo ello Jeremías no puede dejar la oración e intercesión por su pueblo. "El profeta de la **obediencia** se torna **desobediente**, pues aun contra el mandato de Dios él ora e intercede incesante y fervorosamente por el pueblo caído. Justamente después de la tercera vez que Dios le dijo que NO ORARA por el pueblo (14:11. 12), es cuando Jeremías ora con mayor fervor y unción, diciendo: "¡No nos desprecies; te lo rogamos a causa de tu nombre! ¡No deshonres el trono de tu gloria! ¡Acuérdate, no anules tu pacto con nosotros!" (14:21).

Jeremías no pierde en ningún momento la esperanza de que el pueblo se arrepienta y convierta de modo que el castigo

se aleje de él. El espera contra toda esperanza. Por eso se vuelve al pueblo y lo invita visiblemente conmovido en el nombre del Señor: “¡Vuélvete, oh apóstata Israel, dice Jehová; no os miraré con rostro ceñudo; porque misericordioso soy, dice Jehová; no guardaré la ira para siempre! ¡Solamente que reconozcas tu iniquidad, a saber, que contra Jehová tu Dios te has rebelado, y te has prostituído a los dioses extraños debajo de todo árbol frondoso, y no has escuchado mi voz, dice Jehová!” (3:12. 13).

En otra oportunidad él narra al pueblo la historia del alfarero y la vasija en su mano, Cap. 18:1-4: “Revelación que tuvo Jeremías de parte de Jehová, que decía así: Levántate y descendiendo a la casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras. — Descendí pues a la casa del alfarero, y he aquí que éste estaba haciendo una obra sobre la rueda. Y la vasija que hacía de barro echóse a perder en la mano del alfarero; y él volvió a hacerla otra vasija distinta, como le pareció bien al alfarero hacerla”. — Algo más tarde Jeremías explica a sus oyentes lo que significa esta parábola (Vs. 6-11), diciendo: “¿No puedo yo hacer con vosotros, oh casa de Israel, como hace este alfarero? dice Jehová. He aquí que como es el barro del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel. En cualquier momento que yo hablare acerca de una nación, o de un reino, para desarraigarlo, y para derribarlo, y para destruirlo, y si se volviere de su madad aquella nación contra la cual he hablado, yo me arrepentiré del mal que pensaba hacerle. Y en cualquier momento que yo hablare acerca de una nación, o de un reino, para edificarlo y para plantarlo, si hiciere lo malo delante de mi vista, no escuchando mi voz, yo me arrepentiré del bien que prometí hacerle. Ahora pues, habla a los hombres de Judá, y a los habitantes de Jerusalem, diciendo: Así dice Jehová: He aquí que yo dispongo el mal contra vosotros, y tramo un diseño contra vosotros... ¡Volveos pues cada cual de su mal camino, y enmendad vuestros caminos y vuestras obras!”.

Pero al fin, cuando el pecado del pueblo llega al colmo, cuando la impiedad, la terquedad y el endurecimiento alcanzan su climax, cuando el pueblo responde indiferente el llamado de arrepentimiento, diciendo: “No hay remedio pues que andaremos tras nuestras propias ideas y obraremos cada cual según la dureza de su corazón” (18:12). Cuando todo llega a tal extremo, entonces Jeremías ya no puede orar ni interceder más

por su pueblo. En tal caso ese hombre, Jeremías, de alma tan blanda y delicada, muda su lenguaje y sus sentimientos, y dice: "Mas tu sabes, oh Jehová, todo el propósito contra mí para hacer morir: ¡No perdones su iniquidad, y su pecado no sea borrado de su vista, antes sean hechos tropezar delante de ti; trata con ellos en el tiempo de tu ira!" (18:23). Judá está completamente endurecido. Le ha cerrado a Jehová las puertas de acceso a su corazón, cometiendo así el más grave de todos los pecados. Jeremías cumple aquí lo que San Juan escribió mucho después: "Hay pecado que es para muerte; no respecto de éste digo que se ha de pedir" (1 Jn. 5:16).

Pero de todo lo expuesto y considerado saquemos algo y apliquémoslo a nosotros mismos. Puntualicemos ante todo esto: Jeremías es un brillante ejemplo para cada predicador tanto en la Oración como en la Intercesión. Aprendamos humilde y agradecidamente de Jeremías a ser constantes en la Oración e Intercesión por nuestra congregación en conjunto, como también por cada alma en sí cuando le aflige algún problema o alguna dificultad. Pero cuánto más difícil la situación, cuánto más desesperantes las condiciones, cuánto más infructuosos sean nuestros esfuerzos, tanto más seria, más celosa, más insistente y más profunda debe ser nuestra oración. Recordemos que cada uno de nuestros feligreses NECESITA nuestra oración. También Isaías es un ejemplo en este aspecto para nosotros, pues él ora así por su pueblo (Cp. 8:16): "¡Ata el rollo del testimonio, y sella la Ley entre mis discípulos!" El Señor Jesús nos dejó igualmente un magnífico ejemplo al respecto en Juan 17:20 ss.: "Mas no ruego solamente por éstos, sino por aquellos también que han de creer en mí por medio de la Palabra de ellos; para que todos ellos sean uno; así como tú, oh Padre, eres en mí, y yo en ti, para que ellos también sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste!" Lo mismo hace Pablo, Cf. Fil. 1:4.

Pero temo que justamente en este aspecto fracasamos. Temo que descuidemos esta fase importantísima y esencial de nuestra profesión. Y es en esto donde reside, a veces, gran parte de nuestro lento progreso; es la causa de nuestras múltiples e insalvables dificultades en la parroquia; puede ser la causa de nuestras muchas y a veces infundadas quejas de todo orden; puede ser la causa de nuestras muchas inquietudes espirituales y materiales. ¡Ah si nosotros también fuéramos tan celosos y

fervorosos oradores e intercesores como Jeremías! ¡Oh si nosotros cayéramos más veces humildemente de rodillas ante el trono de Dios y orásemos, cuántas cosas cambiarían su confuso cariz; cuántas cosas cambiarían de rumbo y dirección; cuántos problemas veríamos resueltos; cuántas pesadillas financieras, alejadas; cuántos sermones resultarían más profundos, más espirituales, más bíblicos y constructivos! ¡Ay!, ¡cuánta necesidad tenemos nosotros mismos de estimularnos y animarnos a la oración! David nos dice: "Cercano está Jehová a todos los que le invocan... Oírás también su clamor, y los salvará" (Sl. 145:18). Y Santiago nos anima, diciendo: "Mucho puede la súplica ferviente del hombre justo" (5:17). Igualmente todos los demás pasajes donde Dios nos manda orar y promete oír, debemos saberlos aplicados también a nosotros, los Pastores. Y me atrevo a decir que justamente nosotros los Pastores necesitamos más que nadie de la Oración. ¡No olvidemos esto! Dejemos a veces a un lado los grandes proyectos, los planes y las disposiciones de los hombres y caigamos humilde y devotamente de rodillas ante la faz del Altísimo y Omnisciente, y oremos con santo fervor, con sincera devoción e inacabable insistencia. No olvidemos que solamente el Espíritu Santo es la verdadera fuente de toda sabiduría y ciencia; "En Dios está la sabiduría y el poder; suyo es el consejo y la inteligencia", dice Job (12:13). Y Dios en verdad quiere darnos sabiduría, consejo e inteligencia, pero mediante el estudio y la oración, como nos lo enseña Santiago: "Empero si a cualquiera de vosotros le falta sabiduría, pídsela a Dios, el cual da con largueza a todos, y no zahiere a nadie; y le será dada. Mas pida con fe, sin la menor desconfianza" (1:5. 6). ¡Hagámoslo así, y lo demás hará Dios conforme a la inescrutable profundidad de su sabiduría y voluntad!

3. Ejemplo como predicador de Ley y Evangelio

Jeremías es también un ejemplo en la predicación de **Ley** y **Evangelio**, y en la **separación de ambos**. El predica la Ley en todo su rigor, y ya en los primeros capítulos (2-6) nos da pruebas de ello. Inicia su prédica recordando al pueblo la fidelidad y el amor de Jehová hacia ellos, y el amor de ellos hacia esa fidelidad y amor de Dios. Así leemos en Cap. 2:2: "Anda y clama a oídos de Jerusalem, diciendo: Así dice Jehová: Acuér-

dome a tu favor, de la ternura de tu juventud, del amor de tus desposorios, cuando me seguiste por el desierto, en una tierra que no se sembraba". Jeremías reprocha al pueblo que se alejó tanto de Dios por su **idolatría e injusticia**. Judá, el reino de dos tribus, es más infiel que Israel, el reino de las diez tribus. Los mismos paganos no cambian sus dioses, pero Judá ha cambiado el verdadero Dios viviente por ídolos muertos. "Sin embargo, y a pesar de todo esto, la desleal hermana suya, Judá, no se volvió a mí de todo corazón, sino fingidamente, dice Jehová. Entonces Jehová me dijo: La apóstata Israel se ha justificado más bien que la desleal Judá, Anda pues y proclama estas palabras hacia el Norte, y dirás: Vuélvete, oh apóstata Israel, dice Jehová; no os miraré con rostro ceñudo; porque misericordioso soy, dice Jehová; no guardaré la ira para siempre; solamente que reconozcas tu iniquidad, a saber, que contra Jehová tu Dios te has rebelado, y te has prostituido a los dioses extraños debajo de todo árbol frondoso, no has escuchado mi voz, dice Jehová" (3:10-13).

Sobre cada colina y debajo de cada árbol hay ídolos y altares. Llegan al colmo llamando a estos palos y piedras sus "dioses". Cap. 2:13: "Dos males ha hecho mi pueblo: a mí me han dejado, fuente de aguas vivas, labrando a pico para sí aljibes, aljibes rajados, que no pueden retener las aguas". La **conducta** de la gente es igualmente perversa y proterva, tanto entre los ricos como entre los pobres. La generación abarca a todos los sectores de la sociedad. Ya no se halla más justicia ni fidelidad entre la gente. Por doquiera predomina el engaño, el adulterio, la opresión a los pobres, las viudas y los huérfanos. La sangre inocente de los pobres que se derrama clama al cielo. En una palabra: Predominan los dos males fundamentales que Jeremías combate con tanta insistencia: **Idolatría** por un lado y **despiadada injusticia** por el otro; terribles pecados contra ambas tablas de la santa Ley. Jeremías predica y protesta contra estos groseros pecados. Predica la Ley en todo su rigor y fuerza, pues estos pecados no pueden quedar sin castigo. Durante el reinado de Josías se intenta una reforma externa, pero ella no logra imponerse. Es verdad, muchos ídolos y altares de los altos fueron derribados, pero no se tocó el grano mismo, el corazón de los idólatras. La intentada reforma no logró convertir los corrompidos corazones. Lo que falta es amor y fidelidad entre el pueblo. Se sigue cometiendo el pecado que también Jesús

reprocha. Con los labios se trata de honrar a Dios diciendo: "Señor, Señor", pero con el corazón se está lejos de él.

A medida que avanza, Jeremías vigoriza su prédica legal que es cada vez más enérgica y rigurosa. El amonesta al pueblo a que realice un trabajo completo y no a medias; que se hagan barbechos y que no siembren entre espinos, Cap. 4:1-4: "Si quisieres volver a tu tierra, oh Israel, vuélvete a mí, y si quitares de delante de mí tus abominaciones, no andarás de una a otra parte; y jurarás, vive Jehová con verdad, y con rectitud, y con justicia; también las naciones serán bendecidas en él, y en él se glorificarán. Pues así dice Jehová a los hombres de Judá y de Jerusalem: Haced barbecho para vosotros, y no sembréis entre espinos. Circuncidaos para Jehová, quitando los prepucios de vuestros corazones, oh hombres de Judá y moradores de Jerusalem; no sea que salga, como fuego, mi ira, y arda de modo que no haya quien la apague, a causa de la maldad de vuestros hechos". Sin embargo todo es en vano. Ellos NO QUIEREN OIR; ellos NO QUIEREN CONVERTIRSE. Cap. 6:16. 17: "Así dice Jehová; Deteneos en medio de los caminos, y mirad; y preguntad cuáles sean las sendas antiguas, y dónde está el camino bueno; y anda en él; y hallaréis descanso para vuestras almas. Mas ellos dijeron: ¡NO ANDAREMOS EN EL! Puse también sobre vosotros atalayas, diciendo: Escuchad el sonido de la trompeta. Mas ellos respondieron: ¡NO ESCUCHARÉMOS!"

Al fin, bajo el reinado de Joaquín, Jeremías llega a esta clara y definitiva conclusión: La ruina del pueblo es inevitable, y el autor de ella es el "enemigo del Norte", Nabucodonosor, cuanto No habéis escuchado mis palabras, he aquí que enviaré Cap. 25:8-11: "Por tanto, así dice Jehová de los Ejércitos: Por cuanto No habéis escuchado mis palabras, he aquí que enviaré y tomaré a todas las familias del Norte, dice Jehová, y a Nabucodonosor rey de Babilonia, siervo mío, y los traeré contra este país y contra todos sus habitantes, y contra todas las naciones de al derredor; a las que destruiré del todo, y las convertiré en asombro y en silbido y en desolaciones perpetuas. Y haré que perezca de entre ellas la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del novio y la voz de la novia, el sonido del molino y la luz de la lámpara. También toda esta tierra será una desolación y un asombro; y estas naciones servirán al rey de Babilonia setenta (70) años".

De esta manera Jeremías predica Ley, castigo, juicio y reprobación. Sin embargo él NO PUEDE, ni QUIERE mejorar o regenerar a la gente. La Ley no hace más que provocar ira. Por eso Jeremías **enlaza** siempre el dulce Evangelio a sus severos sermones de Ley. Y cuanto más destructiva es la Ley, tanto más grato y edificante es el Evangelio que él anuncia para salvar, tan siquiera, unos pocos de esa ingente masa perdida. Jeremías no descuidó en ningún instante esta regla de oro. No se vaya a creer que predicó Evangelio tal vez al principio, en tiempos del piadoso rey Josías, cuando se dirige a Israel: "Vuélvete, oh apóstata Israel, dice Jehová; no os miraré con rostro ceñudo; porque misericordioso soy, dice Jehová; no guardaré la ira para siempre" (3:12). También en tiempos de los impíos reyes Joaquín y Sedequías él tiene Evangelio para anunciar.

Y es justamente en tiempo de estos reyes inicuos cuando Jeremías habla del "Vástago Justo" y del "Nuevo Pacto", Cps. 23, 31, 33. En esa época es cuando oímos las palabras más bellas y dulces, palabras de Evangelio puro y consolador, como en Cp. 31:3: "Desde lejos Jehová me apareció, y dijo: Con amor te he amado, por tanto te he extendido mi misericordia. . . (20). "¿No es Efraím para mí un hijo querido? ¿No es un niño en quien yo me deleito? Pues aun cuando hablo contra él, me acuerdo de él con ternura todavía; ;por tanto mis entrañas se conmueven por él; ciertamente tendré compasión de él, dice Jehová!... (25): "Porque yo sacio el alma cansada, y al alma desfalleciente la lleno de bien". Ya vemos que Jeremías, el duro predicador de Ley y castigo, el hombre que hace estremecer y sangrar con sus sermones, él también sabe consolar, sanar y curar con el divino bálsamo del Evangelio. Siempre sabe separar correcta y perfectamente Ley y Evangelio, pues la misión suya es doble. Ya en el día de su llamamiento Dios le dijo: "Mira que yo te pongo hoy sobre las naciones y sobre los reinos, para **desarraigar**, y para **derribar**, y para **destruir completamente**, y para **edificar** también y para plantar" (1:10).

La actividad de Jeremías es por tanto **negativa** y **positiva** por un lado, y por el otro es **destructiva** y **constructiva**. El desempeña por un lado un oficio **ajeno**, la predicación de la Ley, pero por el otro el oficio **suyo propiamente** dicho, la predicación del Evangelio. En su actividad negativa, Jeremías debe **desarraigar** toda forma de desobediencia, de ligereza, de maldad e injusticia. Pero en su actividad positiva debe plantar o arraigar

en todos la verdadera fe, como lo dice en el Cp. 5:3 “¡Oh Jehová! ¿No están tus ojos dirigidos hacia la verdad? (la fe)”. El debe plantar lo bueno, el temor de Dios, la verdadera piedad, la fidelidad y la paciencia, con incansable sentido de conciencia y responsabilidad como debe hacerlo cada predicador en la Iglesia. Pero la meta de toda esta actividad es la verdadera congregación de Dios, la Comunión de los Santos, la Jerusalem Espiritual, como lo expresa en Cp. 31:34: “Este será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi Ley en sus entrañas, y en su corazón la escribiré; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo: y no enseñarán más cada cual a su compañero y cada cual a su hermano, diciendo: ¡Conoced a Jehová! porque todos ellos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos, dice Jehová; porque yo perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados”. “La Comunión de los Santos, la Iglesia de Dios estará ahí como un monumento universal a la gloria, al deleite; y el nombre suyo será la señal única en la que se la reconocerá, y es también el nombre del Mesías y Redentor suyo: “Jehová Zidkenu”, Jehová, Justicia nuestra” (33:16). Y esta meta sublime y gloriosa será alcanzada con toda seguridad, en tanto que el consejo salvador de Dios se cumplirá en ella certísimamente. Porque a las palabras anteriormente citadas, referente a la remisión de los pecados, se agregan éstas, como sello de eterna garantía: “Así dice Jehová, el que estableció el sol para alumbrar, y las leyes de la luna y de las estrellas, para que alumbren de noche; el que aterra el mar, de modo que se ponen en consternación sus olas. Jehová de los Ejércitos es su nombre: Si estas leyes se apartaren de delante de mí, dice Jehová, entonces la simiente de Israel también podrá cesar de ser nación delante de mí perpetuamente” (31:35. 36). Así como las luces del cielo no cesarán ni las leyes que las rigen hasta el fin del mundo, mucho menos aún cesarán los sinceros creyentes en el seno de la Iglesia. Siempre habrá un residuo fiel, el Israel espiritual, el cual “no hará iniquidad, ni hablará mentiras, ni será hallada en su boca una lengua engañosa” (Sof. 3:12).

Pero si nos preguntamos: ¿Cuál es el motivo, la causa fundamental en Dios para hacer todo esto? No hay otra respuesta: ¡Es la inescrutable gracia y el infinito amor! Esa gracia y ese amor que no pueden ser apagados ni eliminados con ira o castigo. Siempre debemos regresar otra vez a estas palabras:

“Con amor eterno te he amado (13:3) y en v. 20: “¿No es Efraim para mí un hijo querido? ¿No es un niño en quien yo me deleito? Pues aun cuando hablo contra él, me acuerdo de él con ternura todavía; por tanto mis entrañas se conmueven por él”. Cap. 23:6 leemos: “En sus días Judá será salvo”, pues le será dado salvación, “e Israel habitará seguro”, también “Jerusalem habitará segura” (33:16). Además en Lamentaciones de Jeremías 3: 22, 23 leemos: “¿Es de las piedades de Jehová el que no haya perecido; por cuanto sus compasiones nunca se acaban! Nuevas son cada mañana; grande es su fidelidad!”. O en v. 25: “¿Bucno es Jehová a los que le esperan, al alma que le busca!” Y la corona para todo esto es lo que dice Dios en Cp. 30:22: “Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios”, porque “yo perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados” (31:34). Esto es Evangelio, Evangelio en el más puro sentido de la palabra; es Evangelio neotestamental dentro del Antiguo Testamento. Del mismo modo cada predicador debe desempeñar su oficio o profesión como verdadero predicador del Evangelio.

He aquí algunos puntos donde Jeremías se nos presenta como un claro y brillante ejemplo, a saber: En su fe y obediencia, en su oración e intercesión y en su predicación de Ley y Evangelio. Pero su persona y su obra nos pueden servir de ejemplo en muchos otros puntos. El puede sernos un ejemplo en este aspecto, que no tiene miedo a los hombres, es decir: de testificar la verdad delante de cualquiera que no se complace en agradar a los hombres sino a Dios. Puede sernos un ejemplo en su lucha contra los falsos profetas y las doctrinas falsas; un ejemplo en su piedad personal. Jeremías puede y debe sernos un ejemplo también en su firme confesión de “Sola Scriptura”, porque cada vez que se levanta contra los falsos profetas y enemigos de Dios, confiesa: “Así dice Jehová”, lo que éstos no pueden confesar. El también se nos presenta como un luminoso ejemplo en esta otro confesión: “Sola Gratia”, pues en toda su actividad testifica contra los méritos propios o el de las obras legales.

Tengámoslo presente: El libro de Jeremías es un libro precioso, rico en contenido y de inestimable valor pedagógico para todos los pastores y predicadores. Aún su lenguaje y sus discursos pueden y deben servirnos de ejemplo, pues son simples, sin mucho adorno retórico. Sus palabras son más bien suplican-

tes que amenazantes, hirientes o cortantes. Jeremías, como ya se dijo al principio, es una gran personalidad pedagógica. Y como tal tiene mucho que decir y enseñar, tanto a laicos como a teólogos, sí, especialmente a los pastores. Por eso hará muy, pero muy bien todo aquel que se profundiza en este Libro, leyéndolo y estudiándolo con atención, devoción y asiduidad. Sí, bienaventurado será, porque sajará de él ricas bendiciones para su propio corazón y edificación espiritual y mucha sabiduría y directivas para el mejor desempeño de su alta misión pastoral. Dios bendiga a todo aquel que se dedica al estudio de este libro!

L. G.

2. SAM. 7 : 12 — 16

“Cuando se te cumplieren los días, y tú yacieres con tus padres, levantaré tu linaje en pos de ti, el cual ha de salir de tus entrañas, y haré estable su reino. El edificará Casa para mi nombre; y yo estableceré el trono de su reino para siempre. Yo seré su Padre y él será mi hijo; al que, cuando cometiere iniquidad, le reprenderé con vara de hombres, y con azotes de hijos de Adam: empero no se apartará mi favor de él como lo aparté de Saúl, a quien quité de delante de ti”.

¿Quién es este linaje de David?

¿Es el Mesías? ¿Es Salomón?

Miremos el texto sagrado. La traducción que damos más arriba se ajusta al original. Este linaje vendrá “en pos de” David, cuando David yaciere con sus padres. Este linaje de David edificará una Casa para el nombre de Jehová y Este establecerá el trono de su reino para siempre. (Respecto de la casa empero cf. v. 11) Dios se llama el Padre de este linaje de David, y al linaje llama su hijo. Es un linaje único que Dios promete a David. ¿No debemos colegir de esto que este linaje de David no ha de ser un simple hombre?

Las palabras que Jehová emplea, cuando dice: “Yo seré su Padre” son las que emplea en su auto-designación en Ex. 3: 14: “YO SOY EL QUE SOY” (Cf. el Hebreo). No hay